

¿PARA QUE SIRVE UN FILOSOFO?

Acta de la presencia de Emilio Lledó en la Facultad de Filosofía y Letras de Palma de Mallorca

La conferencia de Emilio Lledó del 14 de mayo estaba anunciada bajo el título de "problemas de la filosofía contemporánea". Se supone que el catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad Central de Barcelona tiene cierta idea del concepto de periodización, y un criterio bastante definido sobre dónde se podría colocar una utópica frontera que separase lo anterior de lo contemporáneo. Quizá por eso causa una cierta sorpresa comprobar que Lledó va a meterse en el asunto a través de la lectura del mito de la caverna de Platón.

Más aún cuando la verborrea desatada por los exégetas impone cierta prevención ante el anuncio de una *lectura*. Pero quien conociese de antemano la figura de Emilio Lledó tendría una impresión dominante sobre la sorpresa: la curiosidad por la forma como iba a meter en el saco de la reducción conceptual veinticuatro siglos de historia que nos separan del texto platónico de *La República*. Dos estados comunes de crisis social no son suficientes, en principio, para justificar tal generalización.

Justamente con ese problema comenzó Lledó su clase magistral: ¿puede establecerse un diálogo hoy con Platón? O, dicho en otros términos, ¿existe una interpretación de la realidad común entre Platón y nosotros? La negativa conduciría a situar al griego como una especie de animal curioso que ha descendido de otra galaxia para entretener a los ociosos. Asumir el compromiso de la lectura *actual* de Platón significa entender la filosofía por encima de cualquier voluntarismo hermenéutico. Inútil es decir que Lledó dedicó su tiempo a la segunda alternativa.

Sí, es provechoso leer a Platón porque —instalado en su propio universo histórico— plantea un código aplicable a nuestros días. Por supuesto, no es inmediato el código ni fácil su aplicación, pero la filosofía de Lledó no tiene la facilidad por meta, ni se reduce a un cómodo esquema positivista en el que una interpretación mínimamente sociologizante establezca barreras insalvables de forma simplista. Platón contiene, evidentemente, al mundo griego en su proyección histórica, pero *La República* es, además, un conjunto de signos que podemos leer ahora. De eso se trata, de leer en cierta forma y con una intención manifiesta. O, mejor dicho, con varias intenciones, puesto que existen varias lecturas.

Como es lógico, Lledó no argumentó sobre la viabilidad de una comunicación actual con Platón, y la torpeza de mis argumentos no debe serle imputada. Se limitó a ofrecer a diversas lecturas —antropológica, epistemológica, ética, escéptica, metafísica, política y social— encaminadas a mostrarnos el significado —los significados— de la eventual escapada del mundo cerrado de la caverna, y sus consecuencias de todo tipo. Aun de sobras conocido, no estará de más aludir al “argumento” del mito de la caverna: hombres encadenados, que contemplan las sombras proyectadas sobre el fondo de la cueva por unos muñecos y figuras que mueven otros hombres ocultos tras una pared exterior. Hombre-espectador y hombre-actor (en cuanto a que actúa sobre la información que envía) son dos aspectos de una totalidad que les supera, porque hay otras voluntades que determinan el mantenimiento del fuego —la luz— que lleva las imágenes hacia la caverna.

Uno de los encadenados escapa, y tras una difícil lucha contra los elementos adversos, consigue ver la realidad exterior. Al volver a intentar la liberación de sus compañeros, inconscientes de su ceguera y la luz externa, es muerto por éstos.

Las distintas lecturas enfocan problemas diversos sobre las enseñanzas del mito; a Lledó, en el fondo, hay uno en concreto que le interesa especialmente. No lo enseña de una forma explícita, pero tampoco resulta difícil de adivinar. Se trata de la vuelta del fugado al fondo de la caverna, con una solución “exterior”. En otras palabras, ¿es históricamente posible utilizar la verdad-ideal como solución frente a la realidad-histórica? La realidad es, desde luego, el encadenamiento en el fondo de la caverna, y la solución no puede venir de fuera, unida a una contemplación idealista de fórmulas externas. Un profesor de la facultad de Letras —Isidor Mari— que no pudo asistir a la charla posterior a la conferencia aventuraba, incluso, el problema de la utilización de dos *lenguajes* distintos: el de la opresión y el de la pretendida liberación.

Así, la fórmula ilustrada quedaría fuera de juego. No es posible la marcha atrás, contra las condiciones históricas. La dialéctica exige la utilización al máximo de la circunstancia negativa, a través de una tarea educativa como reestructuración del ser humano encadenado a su realidad. La creación de un pensamiento crítico y libre —tarea del filósofo de hoy— parte necesariamente de esa realidad histórica para transformarla, no puede darle la espalda y arbitrar soluciones “mágicas” (= ideales) en un intento metafísico de cambiar la tabla de valores como alternativa a la transformación de la realidad en sí.

No cabe duda, después de oír a Lledó, sobre la utilidad de la filosofía platónica para plantear problemas actuales. Pero el profesor ha olvidado un dato importante: el código no basta, sin la adecuada interpretación. Platón es una fuente de sugerencias, pero hay muchas lecturas en el aire y sólo una conduce a la línea capaz de convertir la filosofía en algo aprovechable. Emilio Lledó ha señalado cuál es. ¿Sabremos caminar por ella?